
—(¡Caracoles! parece que se ha dedicado á este oficio toda su vida!) ¿De modo que son.....?

—Setenta y dos pesetas.

—(Nada, nada; lo dicho; que cuenta al vuelo.)
Tenga usted. ¿Está bién?

—Mil gracias.

—Diga usted, carita de cielo; porque ahora me toca á mí: ¿cuánto me vá usted á llevar por una miradita?

—Permita usted que le abandone; porque voy á evitar que aquel pollo se vaya antes de comprar algo.

—¡No me faltaba más que ésto! Nada, y se marchó..... ¡Pues me ha salido la broma por una friolera!..... ¡Caspitina, pues si llega á tener aquí la remesa que están esperando, me hace poner tienda de flores..... ¡Y ya voy yó volviendo mañana! Ni nunca..... ¡Si yó pudiera colocar estas azucenas al precio que me han costado.....! ¡Calla! y aquí se acerca otra vendedora. ¡Bueno me dejó aquélla el

bolsillo para andarme con más floleos! Nada, lo dicho, ya está aquí.

—¿Será usted tan amable que me compre este clavel?

—¡Precisamente venía yó pensando en hacer á usted la misma pregunta, con respecto á estas azucenas.....!

—¡Vaya usted á paseo!

—Justo, sí señora; ahora mismo, y no vuelvo á entrar aquí. ¡Pues, hombre; no faltaba más que le hicieran á uno cargar con toda la Exposición!..... Vaya, ya estoy en la calle..... ¡Si yó pudiera colocar estas azucenas, aunque no fuera más que á media pesetilla!..... ¡Estos *principios* me están saliendo más caros que una comida entera!.....

.

—

En otro lugar del mismo establecimiento:

—Pepito.

—Adiós, Rosita. ¡Qué monina estás!

—No te vayas sin.....

—¿Cómo quieres que me vaya, si estando á tu lado estoy en el cielo?

—Que no te vayas sin comprar algo, quiero decir.

—¡Qué cara más retrechera tienes!

—Si nó digo éso.

—Pero lo digo yó; porque eres la niña más bonita de toda la exposición, y sus alrededores.

—¡Tonto!

—Mírame otra vez así, y luego me estoy haciendo penitencia siete meses.

—¡Mira que me enfado!

—Enfádate; porque es cuando más preciosa estás; y por verte enfadada, doy yó media vida.

—¿Pero me vás á comprar algo?

—Sí, rebonita; te voy á comprar un coche de brillantes, y es poco, para que te pasees tú solita en él, retrechera; ó todo lo más, conmigo.

—Adiós.

—No te vayas, que me muero.

—¿Pués qué me vás á comprar?

—Lo que quieras, pimpollito; ¡si yó no he de hacer más que tu gusto!

—Esta caja; mira qué bonita es.

—Bueno, pués compraré esta cajita, monada.

—Es un regalo que yó hecho.

—Entonces no dejo de comprarla; y mañana te la mando para que guardes en ella mi corazoncito, que le tienes echado á perder por no tener donde guardarle.

—Anda, zalamero.

—¿Cuánto me vás á llevar por la caja?

—Dáme lo que tengas suelto.

—Pués, mira; suelto..... no tengo más que una

peseta; tómalala; pero si alguno te pregunta, dile que han sido cuatro duros.

—En saliva he gastado yó más; pero, en fin, compraste algo. Adiós, Pepito.

—Adiós, remonísima..... Pues señor es bonita la caja ¡Lo ménos me dán por ella treinta reales!





Carnestolendas.



bién que *tolendas*, ó toledanas!

Porque, como las tres noches de carnaval, no se conoce otro ejemplo en las 362 restantes del año.

¿Quién dice que el antruejo está de capa caída?

¡Quiá, hombre, quiá!

El carnaval sigue la marcha de la civilización.

Si desean ustedes saborear sus delicias y conocerle por dentro, no tienen más que asistir á un baile de máscaras de la *big-life modisteril*.

En ellos, la manzanilla se mezcla grotescamente con las piruetas, y el mundo, disfrazado de arlequin, danza hasta caer rendido de cansancio en el ambigú.

No hay una persona de gusto reconocido, que pierda estas noches de placer y jolgorio.

Las mamás de hechura precipitada y las hijas ardientes, se mueren por libar una botella de Champagne barato en el ambigú de un baile de máscaras.

La víspera de uno de estos bailes, sueñan las jóvenes con un pollo de frac, ó con un Luis XVI, si á mano viene, y las mamás sueñan con un cubierto de á dos duros en los Cisnes.

¡Qué noche, la noche de la víspera!

Las de Berengena, por ejemplo, gozan tanto como la noche del baile.

La familia de las de Berengena está formada de una mamá, que se desmaya con frecuencia, y dos hijas; dos pimpollos de veinte y veintidos, bajo su palabra, respectivamente.

Pués la noche anterior al baile, las niñas rompen las sábanas por abajo, á fuerza de patadas que dán con sus hermosos piececitos, creyendo que están en el baile.

Y la mamá se come la puntilla de los almohadones, pensando verse delante de una ración de merluza á la mayonesa.

En vista de que estos sueños al natural son obligados, pués se repiten anualmente, se ha resuelto que las dos jóvenes duerman con una caja de música, para llevar el compás, y la mamá con *El Cocinero*.

El Cocinero es un tratado completo del arte culinario.

El dia siguiente comienzan muy de mañana á dar la última mano á los respectivos disfraces.

La niña mayor tiene un precioso traje, marquesa de Luis XV; consistente en una chaquetita de terciopelo á rayas, falda *entablayerada* ó entablillada, de gran cola, y media droguería en la cara y en la cabeza.

La hermana más jóven usa un lindo traje de esclava, con cadenas en sus torneados y desnudos brazos, cadenas en los piés, cadenas en todas partes, y otras tres cajas de polvos en la cabeza y en la cara. Sabido es que para ir á un baile de máscaras hay que armarse de polvos.

La mamá viste un traje incalificable, ó sea, un traje de *capricho*, á gusto del consumidor.

Al entrar en el baile, la señora toma asiento junto á una *Locura*, y las niñas se arrojan en brazos de un *Tenorio* y de un *Fausto* respectivamente.

—Cuidado, niñas;—exclama la matrona;—¡es tan delicado el color de los vestidos!.....

--Señora,—repone el *Don Juan*,—*yó soy todo un caballero que lleva en el cinto espada.....*

—Sí; pero caballero y todo, le pueden á usted sudar las manos... . ¡Ah! Cuidado con el ambigú; ya saben las niñas que hemos cenado antes de venir.

Después, para ir haciendo tiempo hasta que

alguno las convide á cenar, se dirige á su vecina de la casa de locos, que debe de ser también mamá, á juzgar por la esbeltez de su cintura.

—Bonito disfraz, —le dice; —¿cómo se llama?

—*Locura.*

—¡Caramba! ¿Y la ataca á usted con frecuencia?
—pregunta, retirándose pausadamente;—conozco á un doctor que no tiene precio para estas cosas.

Pero procura cambiar de conversación, ante el temor de un arrebato de la demente.

— Esto es delicioso;— continúa, —¿Ha visto usted que solo obligado el de ese cornetín? A mí me seduce esta tocata que están tocando.

—¡Ay, señora!

—¿Qué es ello? ¿Le ataca á usted?

—Nó; es que siempre que oigo ésto me acuerdo de mi esposo, que era concertino. La última vez que le ví, lo estaba tarareando. ¡Ay! ¡Qué será de él!

—Qué, ¿se escapó?

—No, señora;¡fui yó la que me escapé con uno de orden público!

En aquel momento llegaba muy sofocada la pareja del *Tenorio*.

—Mamá; este caballero se empeña en que vayamos á cenar. Yó le he dicho que sin tu consentimiento.....

—Si es que se empeña..... A propósito; aquí viene tu hermana.

—Espérate un poco, mamá; que están empezando un wals sobre motivos de *La Mascota*.

—Mira, hija; deja los motivos de *La Mascota*; porque me parecen más poderosos los motivos de la cena.

—

Por lo demás «estamos en un todo conformes», que decía un famoso orador, siempre que pedía la palabra en contra.

Y le salía el discurso por el pró.

Como quien dice, el tiro por la culata.

Porque todo en el mundo es relativo.

Y en el mundo carnalesco, más relativo todavía.

Que ustedes y un servidor de ustedes y el de más allá no hacen ya uso del antruejo, y ni se encaretan, ni se acomparsan, ni bailan, ni dán bromas, ni chillan aquello de «¡Nó me conoces,! ¡nó me conoces!»....., ¡bueno!

Pero ¿qué le importa todo ello al que saca tajada, y gorda, en la Alhambra, ó en la Zarzuela; al que saca, postulando, para una merienda con su *juerguecita* correspondiente, *celebradas* ambas á costa de los *postulados*, en clase de *corolario*, en la subsiguiente Ceniza; al que saca..... el sable de papá, para repartir mandobles de bolsillo á diestro y siniestro; al que saca....., en una palabra, á todo saqueador viviente, incluso los que le sacan al decadente Carnaval los últimos jugos que le quedan?

¡Váyanles ustedes á estos empedernidos *Polichinelas*, *Minerva* y *Pierrots* con que ya no hay carnaval!

Tan vana tarea sería como la de Luis XIV diciéndole á su nieto Felipe V aquello de «ya no hay Pirineos.»

Pues ¿nó ha de haber, hombre de Dios!

Hay de todo cuánto Dios crió.

Y ogaño podemos seguir diciendo como antaño:

¡Aún hay Pirineos, autócrata gabacho!

¡Aún hay pátria, Veremundo!

¡Aún hay antruejo, sucesores de Momo y Pantalón!

La variante estará en el más ó ménos; pero en el fondo *nihil novum sub sole!*

¿Qué ahora es menor la intensión? ¡Porque es mayor la extensión!

Antes la verdad duraba cada año 362 dias, y el disfraz 3 dias.

¡Ahora viceversa: la verdad dura 3, y el disfraz 362 vueltas terráqueas!



Un censo.



o hay que alarmarse.

No voy á dar una conferencia acerca de los modos de constituirse el censo reservativo, ni de clase alguna de *derecho meré real*, ni cosa que lo valga.

Se trata sencillamente de un censo de población.

Una operación importantísima, en virtud de la cual venimos en averiguación de las personas que pueblan el mundo conocido.

Esto nos sirve de gran consuelo á los ciudadanos que tenemos apego á las instituciones, sangre española en las venas, y patriotismo en el corazón y arterias adyacentes.

Pero buen trabajo nos cuesta.

Porque es un rasgo patriótico que coge de parte á parte á todos los ciudadanos.

Lo mismo coopera el príncipe altivo, pongo por ciudadano, que el que pesca en ruin barca.

En estas ocasiones pululan por esas calles de Abascal muchos caballeros con bastón de manatí y salva-barros, si á mano viene, llevando debajo del brazo un fárrago de papeles que ván repartiendo por las casás, como si fueran simples municipales.

Esto ha sido causa de escenas bién tristes, de las cuales han renegado sus protagonistas, así como también del censo, y hasta del ministro del ramo inclusive.

La niña de los señores de Corbejón es una de las víctimas del último censo.

En su casa se ha originado un disgusto de P. y P. con circunstancias agravantes, que ha venido á defraudar las esperanzas de toda la familia.

Una mañana muy temprano se presentó el novio de Dolorcitas—éste es el nombre de la desgraciada—en casa de los señores de Corbejón.

Mientras que la doncella le anunciaba, el afortunado joven se desataba en pensamientos sublimes, y hasta *sublimado-corrosivos*.

Roberto Zancadilla,—éste era el nombre del feliz amante,—daba rienda suelta, ó se soltaba las riendas, contemplando un precioso tiesto que la dulcísima Dolores apretaba todas las mañanas contra su corazón.

—¡Ay, Lolita!;.....—pensaba—¡Qué recuerdos tiene para mí este tiesto! Yó se le regalé. Es de simiente de melones; emblema de amor. Este tiesto encierra por sí sólo todo un idilio. ¡Cuántas veces le he regado con mis propias y auténticas lágrimas! Me caían á chorros, y tan gordas como melocoto-

nes..... ¡Y pensar que vengo á traer la cédula del padrón del censo!..... ¡Oh, infeliz Roberto, á lo que te ves precisado!.....

En aquel momento entraba en la sala toda la familia de Corbejón, vestida de punta en blanco.

—A los piés de usted, señora;—exclama Roberto un tanto confuso;—¿Cómo está usted?..... Y usted, señorita?..... Caballero..... Ustedes perdonarán esta visita intempestiva; yó bién sé lo que es; pero...

—No, señor; nada de éso; usted no incomoda nunca,—dice la mamá tendiendo la mano á su futuro yerno.

—Mil gracias, señora; es usted muy amable.

—Además, ya comprendemos que para ciertos asuntos siempre es buena hora..... (¡Claro; para pedirnos la mano de la niña, todas las horas son buenas!)

—Sí; tiene usted razón; y sobre todo, que cuando le mandan á uno.....

—(Vaya; á éste le manda su familia que venga

á estas horas, para que figue nuestra *toilete* de mañana; pués se lleva buen chasco; porque estamos vestidas de día de fiesta.)

—Y que esto de las cédulas necesita su tiempo.

—Está usted muy en lo justo..... (¡Pero señor; ¿estará buscando la cédula para casarse, y todavía nó nos ha dicho una palabra?!). Mire usted; lo he dicho yó siempre; todos los asuntos en que interviene el Gobierno, ván lo mismo que en carreta; parece que está tirado por bueyes, con perdón de usted.

—Eso sí que no, mire usted; yó tuve un primo segundo que emparentó por parte de su madrastra con uno que estuvo á punto de salir diputado, y ¡ya vé usted si sabré lo que son los políticos!; así es que no puedo ver que los falten.

—No; mi señora ha querido decir que las cosas de palacio van despacio. (Mira, Gertrudis, no vuelves á hablar una palabra, porque vás á meter la pata á cada momento). Pero sabe usted, amigo mío,

que las mujeres dicen las cosas así, á la buena de Dios.

—Ya, ya he comprendido; pero tiene razón; la cosa vá con mucha calma. Y ya vé usted que esto del censo.....

—(Mira, Dolorcitas, alegra más esa cara; ¿no le oyes que tiene un censo?..... Dí, Corbejón, y éso del censo, ¿qué será?

—(No lo sé, hija; como no sea algún censo enfiteútico.....)

—(Qué sé yó; á mí me dá mala espina éso del censo;..... ¡hum!..... ¡como nó sea cosa de *ingleses!*.....

—Vaya, señores, pues ustedes la llenarán y yó volveré por aquí cualquier rato.

—¿Cuál? (¡Ah! será el acta de matrimonio.)

—Pues..... la cédula.

—Pero, caballero; ¿usted cree que aquí somos expendedores de cédulas personales?

—No, señor, ni hablo de esas cédulas tampoco. Me refiero á lo del censo.

—Pero, hombre, ¿y nosotros qué tenemos que ver con ese censo de usted? Ni sabíamos que lo tenía, hasta ahora que nos lo declara, lo mismo que si nosotros formásemos la comisión de evaluación y repartimiento.

—Caballero, (este suegro debe de estar tocado); usted no me comprende; hablo de la cédula del padrón, que tengo el gusto de entregarle para que la cubra.

Y á todo ésto, Roberto Zacandilla estaba ya sudando vino tinto somonte.

—¡Cómo! ¿Pero hablaba usted del padrón? (¡Y nosotros que creíamos que venía por este *pimpollo!*) ¡Y es ese todo su objeto?.....

—Justamente, señor mío.

No terminó la frase el infeliz Roberto.

El escándalo familiar llegó á la exageración y.....

Baste decir que el exfuturo de Dolorcitas llegó á la calle sin poner los piés en la escalera.

.

Desde aquel momento, Lolita vive desesperada, suspira á todas horas por su perdido amante y escribe sentimentales endechas, destinadas á cantar las gloriosas páginas de los trabajos del censo, y el *arroyo* de Roberto Zancadilla cuando el señor de Corbejón le echó á la calle.

—

Pero la dificultad de la cosa, está en saber llenar las casillas de la cédula.

Para estender el documento, hay muchos vecinos que se ven en la necesidad de pedir auxilio á los mismos encargados de repartir los papeletes.

—Mire usted, caballero,—decía una señora que vive sola con un gato,—hágame usted el favor de apuntarme ahí, porque yó me veo y me deseo para escribir, y usted tiene trazas de ser muy leído y muy escrito.

—Si, señora; como que soy auxiliar de la clase

de segundos, en Gobernación, porque se suprimió la clase de terceros.

—Pues entonces, apúnteme usted, por lo que sea.

—Usted dirá, señora: «nombres y apellidos.»

—Me llamo Nicolasa Perez; pero ponga usted *la Torda*, porque me llaman así, y no me ván á conocer en el Ministerio si pone usted mi nombre.

—¿Es usted el cabeza de familia?

—No señor; aquí no hay éso; vivo yó sóla para servir á usted.

—«Sexo.»

—¡Ah! mire usted, no le tengo. (Eso del sexó será seguramente para sacar otra contribución; ¡anda, y que se muerdan un codo!)

—«Edad.»

—Mire usted; éso no lo sé á punto fijo; pero ponga usted cuarenta años, que nadie ha de comer porque yó tenga más ó menos.

—«Estado.»

—Eso sí; estado..... lamentable. No tiene usted más que ver como está la habitación. Estos caseros la matan á una á disgustos.

—¡A quién se lo cuenta usted! A mí me arma un escándalo el mío todos los meses. Por supuesto, que no sé para qué se cansa; porque no ha de sacar nada en limpio. Figúrese usted que yó estoy siete meses adelantado. ¡Cómo qué estamos en Enero y vivo en Agosto!

—Pues no entiendo.

—Sí, señora; éso quiere decir que ya he cobrado el mes de Julio.

—Pues ahora se ván á reunir todos los caseros para poner las habitaciones por los cielos; pero deje usted, que yó estoy encargada de formar una junta de inquilinos, y les vamos á poner las peras á cuarto....., y las casas á ochavo.

—«Parentesco.»

—No, señor; no valdrá el parentesco, ni nada. Los caseros, caseros; y los inquilinos, inquilinos.

—Señora, la pregunto á usted por su parentesco con el cabeza de familia.

—Ya le he dicho á usted que aquí no hay cabeza ni cosa que lo valga.

—«Instrucción.»

—Eso sí; ya lo está usted viendo, instruida como la que más.

—«Naturaleza.»

—Padezco dolores de vientre.

—Bueno, pués ya tengo las señas principales. Las demás casillas ya las llenaremos. ¿No vive nadie con usted?

—Sí, señor; un gato. Morroño se llama, ¡pero tampoco tiene sexo!

—¿Edad?

—La mía, nacimos al mismo tiempo. Somos hermanos.

—¿Cómo, hermanos?

—Sí, señor; hermanos de leche; á los dos nos criaron con biberón.

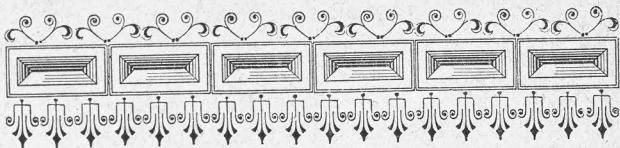
—¿Naturaleza?

—Delicada; se queja mucho ahora en el mes de Enero; padece de las muelas.

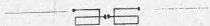
—¿Es residente ó transeunte?

—Transeunte, ¡se pasa las noches por los tejados!.....,





¡A veranear!



s una preocupación, y nada más que una preocupación.

Porque en Madrid se pasa la temporada de verano admirablemente.

¡Pero lo que es este orgullejo humano!

Que sale la vecina del segundo derecha á tomar los baños de Cucho, pongo por baños.

—Pues yó no he de ser ménos que esa orgullosa —dice la del tercero izquierda.

Y vá, y coje y arregla el mundo. (Es un decir,

porque ya sabemos que el mundo no es susceptible de arreglo; ¡bueno anda él!)

Pero, en fin; si no el mundo, arregla la maleta, y ¡á veranear!.....

Esto mismo le ocurría al simpático Nicomedes Perejón, jóven de excelentes prendas..... «confeccionadas» á la última, y clase pasiva de lo más «remon-tado» que tenemos en elegantes.

—No puede ser,—decía Perejón, mesándose suavemente los cabellos;—no puedo quedarme en Madrid este verano, ¡qué dirían los mozos del *Club*!..... El que no veranea, no es persona de importancia..... Y además este calor..... Luego dicen que para picador *el Melones*. ¡Qué *Melones*, ni qué calabazas! Para picador, el sol, que pica en *los medios*..... y en los fines; y aprieta más que una guindilla riojana..... No, no hay que pensarlo; me voy esta noche.

Dicho y hecho. El bueno de Nicomedes cogió los bártulos y se dirigió en un *simón* á la estación del Norte.

—¡Qué gozo se experimenta en estos casos!.....
¡Qué esparcimiento encuentra nuestro *abatido espi-
ritu* cuando vá en busca de esas dulces emociones;
ese cambio de vida..... ¡Ah! el *treinta y cuarenta*
concluiría por acabar conmigo..... En breve me
regocijaré viendo *otro mundo, ¡otra tierra en qué*
pisar!... .. ¿Cuánto es?..... ¿Dos pesetas? Pero hom-
bre, ¡si ha sido una carrera nada más!..... Anda, ¿y
porque he comprado tabaco en el camino ya son
dos carreras? Tenga usted..... ¡Habrás visto seme-
jante pillería!..... Para San Sebastián, sí, señor.....
Vaya, ya tengo billete..... ¡Toma! ¿Conque falta
hora y media para la salida del tren? ¡Pues me he
lucido!

Nicomedes Perejón desconocía la causa de aquel
maldecido retraso.

Pero su asombro iba aumentando á medida que
los andenes de la estación iban llenándose de gente.

—¿Qué es ésto?—se preguntaba para su maleta,
todo confuso.

Momentos después los andenes estaban de bote en bote.

Infinidad de municipales y personas poblaban sus ámbitos.

Entonces Perejón cayó del burro.

Las voces de los concurrentes le enteraron de que se esperaba á un hombre público de reconocida importancia.

El pueblo asistía para rendir homenaje á una de sus lumbreras.

Cuando la estación estaba llena, y los mirones, apelotonados como los pimientos en lata, se armó la de Diós es Cristo.

—¡Que no se puede pasar, le he dicho á usted!— gritaba un Oliver pequeño, sable en mano, y dispuesto á arremeter con otra legión de estudiantes.

--Hombre, tenga usted presente que vengo á traer al Señor de Sagasta unas zapatillas que mi niña ha bordado para él.

—Sagasta no gasta zapatillas.

—¿Y usted qué sabe? Nadie puede decir «de este agua no beberé». Además: ¿No puede tener callos el Señor de Sagasta, como cualquier hijo de vecino, y estarle á estas horas picando más que las declaraciones del general Salamanca?

—Aquí no hay Salamancas, ni Toledos, ni Avilas, ni más autoridad que yó, y no se puede pasar; he dicho.

Con lo cual, el caballero de las zapatillas bordadas quedó convencido y se retiró modestamente por el foro.

—Señor de polizonte,—decía otro pollo de buena catadura, gaban al brazo, y bastón en la diestra,—¿No me sería lícito pasar á ver á una persona de mi familia?

—No, señor,—contestaba con la misma finura el interpelado.

—¡Caracoles, cuánto lo siento! porque traía una pieza de música para mi tío Alonso Martinez..... Mi tío es muy aficionado á la música..... Vea usted, la gavota *Estefanía*..... ¿Usted no entiende de música?

— No entiendo más que la solfa que le voy á enseñar á usted, si no se marcha de aquí más que á paso. Conque ¡largo con la música á otra parte!

— ¡Qué lástima! Si usted entendiera de música, se enternecería en cuanto yó le tocara un trozo.....

El pito del jefe sonaba en aquel momento.

El tren partió, y los concurrentes se diseminaron.

.

A todo ésto, nuestro Perejón se había arrellenado en un cómodo asiento de primera.

Al romper el tren su marcha, le pegó un cogotazo la vecina de la derecha, quien se había dormido ya de antemano, y despertaba en aquel instante de movimiento brusco.

— ¡Los árabes! ¡los árabes! — gritaba introduciendo palabras entrecortadas en el texto.

Posteriormente se supo, por declaración de la interesada, que estaba soñando con dos niños de corta edad, hijos de una vecina que había tenido años antes en la calle de Peligros.

Al desgraciado Nicomedes, con el cogotazo de su vecina se le puso el ojo lo mismo que una mantecada de Astorga, y tuvo necesidad de atarse un pañuelo, porque la cosa amenazaba crecida.

Pero pronto se restableció la calma.

La vecina de los *árabes* tornó á dormirse, y el lesionado se olvidó de su comestible, pensando en el porvenir que le esperaba en San Sebastián.

—¡Caracolitos!—pensó de pronto nuestro Perejón, reparando en un grupo que tenía enfrente;—éste es un matrimonio de la última hornada. ¡Demonio, pues me voy á divertir! ¡Lo mismo que si estuvieran en su casa! ¡Toma, y éso que yó no veo más que la mitad de lo que hacen; como me taparon un ojo!..... No, pues yó no lo dejo así..... Le ofreceré un pitillo..... Caballero ¿está fuma?.....

El joven esposo se estremecía, y su reciente costilla se sonrojó súbitamente.

Aquél aceptó el ofrecimiento, echando pestes

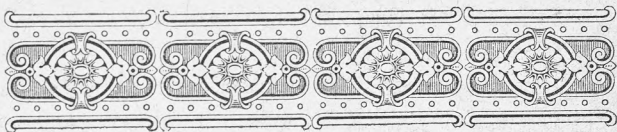
interiores contra su galante compañero, fumaron.....
y volvieron luego á las andadas.

El bueno de Perejón se retorcía en su asiento; la vecina del ojo derecho roncaba, el nido de jilgueros se cubría con el abanico y.....

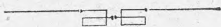
El tren salió del radio; desde cuyo punto, si continuara el *perfil*, dejaría de ser *madrileño*.

Como si dijéramos: *¡éso no es de mi distrito!*





La noche de las Animas.



UE noche, *válgame el cielo!*

Es la noche en que se hace más consumo de lágrimas..... y de castañas.

La castaña es un artículo de muchísima utilidad para los ciudadanos.

Y acaso el más célebre del repertorio de ventas al aire libre.

¿Quién no ha oído vocear en invierno el artículo de consumo ordinario?

—*¡Calentitas; que ahora queman!*

Afortunadamente para nosotros, todos podemos utilizarnos de los beneficios que la castaña reporta; porque es un artículo que está al alcance de todas las fortunas, aún de las más modestas.

Con diez céntimos de castañas, compradas con oportunidad, y distribuidas en ambos bolsillos del pantalón, tiene el comprador un brasero portatil, en el cual puede calentarse las manos, á falta de mejor estufa.

Si es bonita la castañera á quien se compra el género, porque las hay muy superiores, se le puede decir media docena de chicoleos, y hasta conseguir de ella una sonrisa ó una mirada burlona, que todo no ha de ser vender castañas.

Después de haberse aprovechado del brasero *semoviente*, y cuando ya está á punto de no producir el efecto de calorífero, se hace un modesto obsequio á una amiga de confianza á la que se encuentra al paso, en la escalera de su casa, 'en cualquiera parte, y con quien se puede tener otro ratito

de conversación más ó menos animada, porque las castañas son enternedoras de suyo.

Después de todo esto, se come el comprador los cinco céntimos restantes (es un decir), y ya puede asegurar que ha sacado el jugo al perro grande.

Conque no olviden ustedes la receta.

Porque las castañas son muy convenientes en estos tiempos fríos, en que se hiela hasta la inspiración poética de Carulla.

—

En la noche de las Animas todo el mundo, y cada uno de sus habitantes, disponen una considerable cantidad de castañas, para llorar por los difuntos de su devoción.

Y comer buñuelos.

Porque hoy, es sabido, no se puede llorar á nadie sin comer, siquiera, media docenita de *miñuelos*, que dice la *señá* Gregoria, conocida *muñolera* del país.

Para llorar con alguna distracción, suelen reunirse las familias de más intimidad.

Y después de rezar el rosario con toda la devoción posible, se manda á por unas siete gruesas de buñuelos y dos celemines de castañas acabadifas de sacar del horno, que, acompañadas de tres cuarterones de huesos de los Santos, se comen á *la salud de los difuntos*.

—Vamos, Gertrudis;—dice uno de las *convidantes* al festín,—*enjuague* usted esa lágrima, y ayúdenos á terminar con los ricos manjares, que están diciendo «comedme.»

En efecto; doña Gertrudis seca las lágrimas con un jugoso buñuelo de viento, y se lo come por no desairar al jóven galante.

Después siguen los sollozos.

—¡Quién me había de decir á mí que aquel Celeдонio, que era una gloria de Dios.....

—Señora; que se lleva usted á la boca el mango del cuchillo.

—¡Ay! sí; con la emoción estoy toda confundida. Pensé que era un hueso.

—Sí, señora; de hueso es; solo que no es un hueso de los Santos; me parece que es hueso de caballería menor.

—Pero, diga usted; ¿es de veras que nos estamos comiendo los huesos de los Santos?

—Sí, señora. Mire usted, éste debe de ser de algún Santo menor de edad, por el tamaño. Y, sinó, se ha comido la confitera la mayor parte de la coyuntura.

—¡Jesús, lo que *semos!*; un puro azúcar.

—Y harina; que algunos Santos me parece que son falsificados.

—Vaya, vaya; alárgueme usted ese hueso. que sabe Dios si algún día nos comerán á nosotros nuestros sucesores.

—Dice usted bién; yó voy á dar fin con éste, que debe de ser una espinilla de San Agustín.